

www.elboomeran.com

Soledad Puértolas

Chicos y chicas



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

Ilustración: foto © Stuart Franklin / Magnum Photos / Contacto

Primera edición: octubre 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Soledad Puértolas, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9820-0

Depósito Legal: B. 16668-2016

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

INCENDIOS

De todos los adolescentes que el verano de los incendios se reunían en el muelle del puerto a la caída de la tarde, Joaquín Muro era, sin duda, el más silencioso. Se mantenía un poco al margen. Sin embargo, jamás faltaba a la cita. En general, no se le ocurría nada que decir. Tomaba nota de lo que los otros decían para, quién sabe cuándo, en un caso similar, poder él decir palabras parecidas. Sobre todo, cuando era César Alvar quien hablaba. Alvar era el líder. Sin llegar a ser un chico guapo, tenía grabada en la cara una especie de determinación que lo hacía distinto. Todos decían que llegaría lejos.

Muchas noches, Joaquín se dormía reproduciendo en su cabeza comportamientos y frases de César, convencido de que al día siguiente se despertaría lleno de fuerza y seguridad, como si hubiese sido tocado por una varita mágica (la de los cuentos de

hadas que leían sus hermanas), y que en la pandilla del muelle lo mirarían con respeto, como miraban a César Alvar. Lo cierto era que por las mañanas se olvidaba de sus esperanzas nocturnas, por lo que se mantenía a salvo de una sucesión incontable de desilusiones.

Al final del verano, fueron detenidos varios pirómanos. Uno de ellos, miembro de la guardia forestal. Como los pirómanos eran vecinos de aldeas del interior, en el pueblo nadie los conocía, pero al hilo de sus detenciones fueron saliendo historias de manías, vicios y aberraciones que se mantenían en secreto durante años y que, al desvelarse, producían asombro y estremecimiento.

Se habían perdido miles de hectáreas de bosque, y la gente del pueblo, y los veraneantes, lo comentaban apesadumbrados. Habían visto el cielo teñido de negro. El sol, al ponerse, era un remoto disco dorado cuyos contornos se desdibujaban en las tinieblas. Las olas dejaban voluminosos regueros de ceniza en la playa.

Para la pandilla del muelle, aquello fue un acontecimiento. Los incendios descontrolados significaban peligro, un peligro real, no inventado. Eran más emocionantes que los saltos al agua desde el extremo del muelle, el gran desafío del verano. Seguían practicando los saltos, pero ahora una luz dorada, que recogía el reflejo de las llamas, los envolvía, los convertía en escenas de una película que parecía de guerra,

de catástrofe. La tensión que reinaba en el ambiente, la preocupación con que los adultos seguían las noticias de los incendios, les causaba una gran excitación. Su pueblo y los de los alrededores salían en las primeras páginas de los periódicos y ocupaban un espacio en los telediarios. Eran el centro de atención. Tenían la sensación de ser un pueblo sitiado.

Fue en aquel verano de los incendios cuando Joaquín Muro adquirió seguridad. Poco a poco, perdió su condición de marginado. Él también podía contar historias. En su casa, las contaban. Historias de incendios y de sucesos tremendos. Cuando conseguía la atención de los demás, Joaquín ponía algo de su propia cosecha, algunas exageraciones que hacían que la historia tuviera algo de extraordinario, de fenómeno sin explicación.

Eso fue lo que Joaquín aprendió aquel verano. Era capaz de contar historias, de atrapar la atención de los demás. Esa herramienta estaba al alcance de su mano. Se ganó, incluso, la consideración de César Alvar. Al final del verano, casi eran amigos.

Los veranos que siguieron se distinguieron por la dispersión, la paulatina pérdida de la unidad, el desinterés por los juegos, la creciente necesidad de cada uno de ser algo más que eso, un miembro de la pandilla.

Uno de esos veranos anteriores al gran éxodo, llegó al pueblo una nueva familia de veraneantes. Enseguida se hizo notar, porque constituía un grupo

extraordinariamente alegre y hermoso. Con la excepción del cabeza de familia, un hombre alto y fuerte, cuya cabeza estaba rematada por una mata de pelo oscuro y abundante, eran mujeres. Las había de todas las edades: una niña de unos diez años de mirada dulce y largo pelo rubio que peinaba de diferentes formas, las gemelas, de quince años, siempre de la mano o entrelazadas, igual vestidas, igual peinadas, rubias también, una impresionante jovencita de diecisiete, la distante belleza de la de dieciocho y, finalmente, el aire lánguido y decadente de la mayor, la madre.

¡Y cómo vestían! Colores claros, colores vibrantes. De blanco, algunas veces. Parecían ponerse de acuerdo para que todos los colores conjugaran. Las veías de lejos, avanzando lenta y desordenadamente por el paseo, y creías ver un cuadro en movimiento, una bandada de pájaros de nombre desconocido que hubiera decidido posarse un rato sobre la tierra.

Habían alquilado un piso en una de las casas de la alameda, una de esas casas con mirador que dan a la placita de las palmeras, que, en tiempos, había servido de punto de encuentro entre los drogadictos y los traficantes. Escondían las bolsas de la droga en los troncos de las palmeras. Siempre andaban merodeando por allí, delgados, encorvados, con la mirada perdida y la camisa sin abrochar. De eso hacía mucho tiempo, sólo los antiguos veraneantes y los viejos habitantes del pueblo lo recordaban. Ahora, la placi-

ta estaba ajardinada y los troncos de las palmeras estaban limpios.

Mar y Paz, así se llamaban las gemelas. Aunque andaban siempre juntas, fueron las que más se mezclaron con los otros veraneantes y los habitantes del pueblo. Eran alegres y comunicativas, y se pasaban el día en la calle. La gente del pueblo enseguida se acostumbró a su presencia casi ubicua, y cuando hablaba de ellas, de si acababa de verlas en tal o cual sitio, empleaba un tono de orgullo, como si ver a las gemelas fuera una especie de premio.

En relación con los chicos, eran muy desenvueltas, más que sus hermanas mayores, que tampoco eran exactamente tímidas, pero que no parecían interesadas en hacer conquistas amorosas. Las gemelas sí. Como coqueteaban con todos, no se podía saber si ellas tenían alguna preferencia. Les gustaba gustar, jugaban, se divertían.

Los miembros de la pandilla, sobre la que ya sobrevolaba una leve amenaza de disgregación, discutían entre ellos sobre quién sería, en realidad, el favorito de cada una.

César tenía la secreta esperanza de ser correspondido por Mar, y Joaquín soñaba, también en secreto, con Paz. No se lo confesaron el uno al otro. El verano acababa, la familia que parecía una bandada de pájaros de especie desconocida se marchó. Quién sabía si volvería el próximo verano. Quién podía saber, al fin, si ellos mismos volverían.

No volvieron. Ni la familia de las gemelas ni César ni Joaquín. De la familia de las gemelas no se sabía nada, pero en el pueblo se comentó que César pasaba el verano en un campamento de Irlanda y que Joaquín se había sacado un billete de Interrail.

Al cabo de varios veranos, corrió una noticia por el pueblo. Venía con una introducción. ¿Quién no se acordaba de aquellas gemelas tan simpáticas y dicharacheras? Y de toda la familia, por supuesto, las hijas mayores, de una belleza casi sobrenatural, la madre, con ese aire de cansancio elegante, esa forma de arrastrar un poco los pies al caminar y de dejarse caer sobre la silla de falso mimbre de uno de los bares del paseo marítimo. Pues bien: las gemelas se habían casado. Ésa, claro, no era la auténtica noticia, la noticia era que se habían casado con unos chicos de la pandilla del muelle, se habían casado con Joaquín Muro y con César Alvar, sí, también se acordaban de ellos. De César porque era el más guapo, el que gustaba a todas las chicas. De Joaquín porque, no sé, tenía mucho encanto, sabía cómo tratar a la gente, hablaba con todo el mundo, un chico muy agradable.

¡Qué vueltas da la vida! Lo curioso era que tanto en uno como en otro caso el reencuentro se había producido lejos del pueblo, pero, naturalmente, los recuerdos de aquel verano —el verano de la familia de

los pájaros— habían debido de renacer y jugar un importante papel. En ese escenario habían tenido lugar las primeras miradas. ¿Cómo no iba a comentarse el hecho? Un hecho doble, por cierto. Dos bodas. El origen de esas historias estaba ahí, en el pueblo.

Se fueron conociendo más detalles. Primero se habían casado Mar y César. Un mes después, Paz y Joaquín. Las gemelas no quisieron casarse en la misma ceremonia. Lo que de verdad les habría gustado hubiese sido casarse una un día y al día siguiente la otra, pero la madre se negó, era demasiada tontería. Al menos, un mes de separación, impuso. Todo esto se comentó en el pueblo y a la gente le pareció muy bien, como si estuviera lleno de lógica. Se trataba de una familia distinta a todas. Una familia que un año había escogido este pueblo para pasar el verano.

Se sucedieron los veranos, otros veraneantes vinieron por primera vez, por segunda, por tercera vez, otros dejaron de venir, los viejos habitantes del pueblo se hicieron más viejos, algunos murieron, los jóvenes se hicieron mayores, los niños, jóvenes. Quedaban algunos de los veraneantes de siempre, se les reconocía enseguida, se movían por las callejuelas, por las plazas, por el paseo marítimo, sin mirar hacia los lados, se saludaban unos a otros, pedían, en los bares, sus vinos y sus tapas de siempre. Hacían sus pedidos de otro modo, entre discretos y ostentosos, dueños del lugar. Puede que alguno, si se le pregun-

tara, recordara aún a aquella familia, y a las gemelas, y a los chicos de la pandilla del muelle y el año de los incendios. No había pasado un siglo, ni mucho menos. Pero el tema de las conversaciones cambia con el tiempo, como cambian las noticias del periódico y las canciones del verano. Probablemente, esos nombres —Mar, Paz, César, Joaquín— dejaron de oírse por el pueblo.

Joaquín se sentía colmado. Su vida profesional marchaba sobre ruedas. Se encontraba muy bien situado para optar, en unos años, a la cátedra en la que ahora desempeñaba el papel de ayudante. El matrimonio veía a Mar y a César con mucha frecuencia. Las gemelas, por supuesto, se veían entre ellas mucho más. Se veían y hablaban por teléfono y, probablemente, pensaban mucho la una en la otra. Más que pensar, se sentían. Nunca estaban totalmente separadas.

Algunas veces, César le comentaba a Joaquín:

—Tengo la impresión de no estar del todo casado. Casarse con una gemela no es, como a primera vista podría parecer, casarse con dos mujeres, sino no estar casado del todo.

Joaquín callaba. ¿De qué se quejaba César?, ¿qué ganas de sacarle punta a las cosas! Era un triunfador, trabajaba en una empresa de productos químicos y tenía un sueldo impresionante. En lo que hacía a Mar,

vaya, de eso sí que no podía quejarse en absoluto, ¡Mar estaba llena de virtudes! Más que Paz, para ser sinceros. Era más trabajadora, estaba más pendiente de la casa, de su marido y de sus hijos, echaba una mano a todo el que se lo pidiera, y siempre tenía una palabra amable para él. Comparada con ella, Paz resultaba casi desidiosa. No le gustaba el trabajo de la casa, de hecho pasaba mucho tiempo echada en el sofá viendo series de televisión que luego le resumía a su hermana. Miraba al resto del mundo con extraordinaria distancia, como si no lo acabara de ver. Para ella, sólo existían de verdad su hermana y las series de televisión. Pero Joaquín no le ponía ninguna pega. Tenía muy buen carácter. Nunca se sentía desbordada ni agobiada ni presionada por nada. Vivía inmersa en una burbuja de calma, de lentitud.

César parecía cada día más apagado, más taciturno. Algo no marchaba bien. En una visita médica rutinaria, se le diagnosticó un cáncer muy avanzado. No había nada que hacer. Le dieron dos meses de vida. Duró seis. Mientras la enfermedad avanzaba de forma lenta e irremediable, César Alvar, curiosamente, recuperó su alegría, su ingenio, como si saber que iba a abandonar el mundo muy pronto fuera un estímulo para él. Mar no se separaba un segundo de su lado. Paz la iba a visitar (a ella, no a César) dos veces al día, por la mañana y por la tarde. Se echaba en el sofá, en el cuarto de los niños, y veía la televisión con ellos. Llegaba a ciertos acuerdos con sus sobrinos para que

la dejaran ver sus series favoritas. A los niños, su tía les caía bien. En cierto modo, era como ellos.

Joaquín solía ir a recoger a su mujer a última hora de la tarde, intercambiaba unas frases de cortesía con César, que estaba cada vez más ausente, y charlaba un poco con Mar, que luchaba por mantenerse animada.

Parecía que esa rutina fuera a durar siempre. Cada uno representaba su papel, cada vez con mayor naturalidad, con mayor comodidad. Estaban viviendo en un bucle del tiempo. Se habían acostumbrado a una espera que los situaba al margen de los acontecimientos del mundo. Nada podía afectarles de verdad, estaban afectados por una amenaza mortal que avanzaba lentamente. Respiraban el aire enrarecido de la enfermedad, vivían el horario de las medicinas, hablaban en un tono ligeramente forzado, ligeramente agudo, sobre asuntos que no les interesaban, guerras, acuerdos, lluvias, negocios que se cierran, jóvenes que emigran. Éste es el mundo que nos ha tocado vivir, decían. Al llegar a la palabra «vivir», la voz les temblaba un poco.

Mar llamó a su hermana.

—Ya está —dijo—. Ya se ha ido.

—Ahora mismo vamos —dijo Paz.

Entre ellas, no se llegó a pronunciar la palabra «muerte».

Joaquín Muro se ocupó de todos los trámites. Le dijo a Paz: